

QUE TREMOLI L'ENEMIC... O LA CELEBRACIÓN DEL VENCIDO. El nacionalismo catalán y sus primeras preces¹

Ángel Duarte
Universitat de Girona

El dia 11 de Setembre es jorn trist,
peró'ns ha de servir d'ensenyansa pel esdevenir.²

La raíz

Del 11 de septiembre de 1886 data la primera celebración documentada de la caída de Barcelona, en 1714, frente a las tropas de Felipe V en la guerra de Sucesión. Lo que había empezado siendo un pleito dinástico, se había desarrollado como un conflicto entre modelos antagónicos de entender la política de Antiguo Régimen y, tanto dentro como fuera de Cataluña, llegó a vivirse como una guerra civil entre los partidarios del nieto de Luis XIV de Francia y los incondicionales del archiduque Carlos de Austria,³ y aquello acabaría teniendo consecuencias de futuro. Las tendría, como mínimo, en materia de fueros, privilegios y libertades viejas. También las habría en relación a la incorporación plena de los catalanes a los circuitos comerciales en ultramar o a la consideración del papel de los habitantes del antiguo Principado en el seno de la Monarquía. En definitiva, la derrota militar de los *austriacistas* dio lugar al Decreto de Nueva Planta y, junto al mismo, al despliegue de un modelo de Estado inédito en relación al cual los historiadores discuten, todavía a estas alturas, sobre si generó dinámicas modernizadoras o si, por

¹ A la memoria de Pere Anguera i Nolla, desde la admiración intelectual, el agradecimiento personal y la libre discrepancia.

² B. Gombau, «Tots convenen», en *La Costa de Llevant*, 9 de septiembre de 1905. Recogido en Pere Anguera, *L'Onze de Setembre. Història de la Diada (1886-1938)*, Barcelona, CHCC/Abadía de Montserrat, 2008.

³ Joaquim Albareda, *La Guerra de Sucesión de España*, Barcelona, Crítica, 2010.

el contrario, condenó a una eventual España plural a la condición de pretensión inalcanzable.⁴

Los que no tenían ninguna duda acerca del sentido, histórico y político, que querían darle a la efemérides eran aquellos que la evocaban a finales de siglo XIX. Rememoraban lo acaecido el 1714 en un momento en el cual en numerosas sociedades europeas se activaban propósitos de cohesión social en torno al sentimiento de filiación nacional y se desplegaban incipientes religiones civiles capaces de tomar el relevo a las creencias reveladas en orden a dotar a las comunidades políticas de identidades compartidas y de resortes de solidaridad colectiva. En el caso que nos ocupa, el episodio histórico de la entrada de las tropas borbónicas en la ciudad condal el 11 de septiembre de 1714 pasó a ser utilizado, en términos conmemorativos, por un catalanismo que todavía no había completado –aunque estuviese en camino de, y en rigor a punto de, lograrlo– el tránsito al moderno nacionalismo de masas.⁵

El acto inaugural –probablemente no podía ser de otra manera– consistió en una misa funeral convocada por algunos socios del Centre Català, muchos de ellos en tránsito hacia otras formaciones catalanistas, en honor de los patricios y héroes que habían muerto no ya en la defensa de la ciudad sino –dando por sentado los celebrantes un gesto que con toda certeza nunca llegó a darse en esos precisos términos– para salvaguardar a la patria y sus libertades en una acepción más propia de final del Ochocientos que de la primera década del Setecientos.⁶ Un anacronismo historicista en sentido estricto aunque, como pronto se pondrá de manifiesto, muy potente y eficaz en términos políticos.

Los primeros nacionalistas sostendrán que la memoria de los mártires enterrados en el Fossar de les Moreres se había conservado, a lo largo de los dos siglos precedentes de oscuridad provincial, en el interior de los hogares de los buenos catalanes. En gran medida, afirmarán, ello había sido posible gracias a un par de circunstancias. La primera, que ese recuerdo fue mantenido por los historiadores románticos y por los poetas de la *Renaixença*; unos y otros, cantores de las gestas de Rafael Casanova, Antonio de Villarroel, Bac de Roda y Josep Moragues. Pablo Piferrer dedicaría, en 1839 y desde las páginas del segundo volumen de *Recuerdos y bellezas de España*, algunas consideraciones encomiásticas a las modalidades de gobierno municipal abolidas por Felipe V y a

⁴ La tesis modernizadora en Henry Kamen, *Felipe V: el rey que reinó dos veces*, Madrid, Temas de Hoy, 2000, y Carlos Martínez Shaw y Marina Alonso Mola, *Felipe V*, Madrid, Arlanza, 2001. Pone el acento en el cierre de posibilidades liberales, Albareda, *La Guerra de Sucesión*.

⁵ Enric Ucelay Da Cal, *El Imperialismo catalán: Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003.

⁶ Referencias a los anuncios en la prensa en Pere Anguera, «El 11 de septiembre. Orígenes y consolidación de la Diada», *Ayer*, 51 (2003), p. 19.

sus administradores.⁷ Le siguieron diversas novelas históricas, tanto en castellano como en catalán. En la cuarta y quinta décadas del Ochocientos la guerra de Sucesión y los episodios del 11 de septiembre se integraban, como un telón de fondo más, adecuadamente romántico, en un largo listado de episodios que arrancaban, como mínimo, de la expansión imperial del medioevo y tenían un punto culminante en la revuelta de 1640, y que constituían bastidores ideales para enmarcar amores y pasiones. Ya en los años sesenta, en los Juegos Florales se convocaban ocasionalmente premios específicos a la mejor composición poética dedicada a glosar la efemérides protagonizada por los *consellers*.⁸ El teatro popular, por esas mismas fechas, se unía a la narrativa en la empresa de hacerse eco de las heroicidades de los defensores del pendón de Santa Eulalia, la patrona de la ciudad.

Víctor Balaguer, en su *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón*, de 1863, daba un paso más y lo hacía con una orientación bien determinada al procurar convertir, en palabras de Albert Balcells, la nostalgia romántica del pasado, generada por el repudio del presente, en proyecto de futuro. Un proyecto liberal progresista opuesto tanto a la reacción carlista como a las limitaciones del moderantismo y que no le hacía ascos a presentar el pactismo antiguo en precedente autóctono del liberalismo contemporáneo. No es menos cierto que canónigos carlistas, como Mateo Bruñuera autor de una historia fasciculada sobre el asedio de Barcelona, podían, de manera equiparable, practicar, en 1872, juegos de palabras en los que se asociaban los sintagmas libertad, fueros, suelo patrio, privilegios y fueros, frente a las nociones alternativas de tiranía y esclavitud.⁹ El ejercicio de evocación, siempre con ribetes más o menos eruditos, siempre con connotaciones políticas imprecisas, del que

⁷ Elogio del gobierno municipal y de la actividad de los consellers, en P. Piferrer, *Recuerdos y bellezas de España (...) Principado de Cataluña, comprende las provincias de Barcelona, Gerona, Tarragona y Lérida*, Barcelona, Joaquín Verdaguer, 1839, pp. 14-15n y 323-324n. Albert Balcells, *Llocs de memòria dels catalans*, Barcelona, Proa, 2008, pp. 101-106. Ramón Carnicer, *Vida y obra de Pablo Piferrer*, Madrid, CSIC, 1963. Jordi Albertí, «Pau Piferrer(1835-1848): tretze anys d'activitat intel·lectual al marge de la Renaixença», *Revista de Catalunya*, 169 (2002), pp.85-99.

⁸ Magí Sunyer, «La guerra de Successió a la poesia catalana romàntica», en Pere Anguera et alii, *Símbols i mites a l'Espanya contemporània*, Reus, Centre de Lectura, 2001, pp. 167-172.

⁹ Bruñuera y Balaguer sostuvieron una pugna acerca del apellido del conseller –Casanova, Casanovas– recogida en el apéndice del segundo volumen de Víctor. Balaguer, *Las calles de Barcelona. El origen de sus nombres...*, Barcelona, Salvador Manero, 1966, t. II, pp. 502-519. M. Bruñuera, *Historia del memorable sitio y bloqueo de Barcelona y heroica defensa de los fueros y privilegios de Catalunya en 1713 y 1714*, Barcelona, Luis Fiol y Gros, 1871-1872, 2 v. A. Aulestia y Pijoan, *Historia de Catalunya*, Barcelona, La Renaixensa, 1887-1889, 2 vols. Lluís F. Toledano, *Carlins i catalanisme. La defensa dels furs catalans i de la religió a la darrera carlinada, 1868-1875*, Sant Vicenç de Castellet, Farell, 2002, p. 109.

había sido partícipe desde sus orígenes Antoni de Bofarull, llegó hasta la obra de epígonos de reconocido impacto popular como Antoni Aulèstia i Pijoan.¹⁰

La benemérita labor de publicistas e historiadores, de poetas y críticos literarios de poco habría servido sin la segunda de las circunstancias que permitió, en épocas provinciales, conservar el sentido último, evanescente pero no menos útil, de los hechos rememorados en 1886: la memoria popular. Algunos autores prefieren la expresión «recuerdo vivo». Unos y otros a lo que se refieren es a que el recuerdo habría estado ahí, latente, animado en la medida que la hostilidad hacia la monarquía de Isabel II, especialmente por parte de progresistas avanzados, de demócratas y de republicanos federales, activó, a lo largo de las décadas centrales de la antepasada centuria, el eco de unos hechos lejanos. Hechos que, por lo demás, se plasmaban en el tejido urbano mediante la presencia de la ominosa Ciudadela, la bastilla de Barcelona y de Cataluña.¹¹

Un par de episodios, ambos de los primeros tiempos del Sexenio democrático, permiten la ilustración del uso aludido. El 1 de octubre de 1868 se celebraba en la Barcelona que había contemplado desde una cómoda posición periférica la caída de los Borbones el retorno de un par de emigrados republicanos: Gabriel Baldrich y Francisco Targarona. Ambos conspiradores, trasladados en carretera desde la estación del ferrocarril a los locales del ayuntamiento de la ciudad, asistieron y protagonizaron sucesivos discursos que se cerraban con los preceptivos vivos y muera. El ciclo de intervenciones más o menos improvisadas lo cerró, precisamente, el político progresista y eminente historiador de las glorias catalanas antes citado: Víctor Balaguer. Según se recordará, «sacó a relucir algunos recuerdos históricos, relacionando las fechas de 1714 y 1868». En diciembre de 1869 era el Ayuntamiento de la ciudad condal el que asumía la conexión explicativa entre los dos momentos históricos. Con motivo de la toma de posesión de los terrenos de la citada Ciudadela, para proceder a su derribo, se instaló una placa, descubierta en presencia del ministro Manuel Ruiz Zorrilla, que empezaba diciendo: «La tiranía de Felipe V, primer Borbón, levantó la Ciudadela. La libertad, al arrojar de España al último Borbón, la derriba».¹² Será ésta, la de la

¹⁰ Josep María Fradera, *Passat i identitat: la Guerra de Successió en la política i la literatura del segle XIX català*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 1993. Para el clima político, Josep María Fradera, *Cultura nacional en una sociedad dividida; Cataluña 1838-1868*, Madrid, Marcial Pons, 2003 y Jordi Casassas, *Entre Escil·la i Caribdis: el catalanisme i la Catalunya conservadora de la segona meitat del segle XIX*, Barcelona, La Magrana, 1990.

¹¹ Josep María Fradera, *Passat i identitat...*, op. cit., p. 9. Magí Sunyer, «La guerra de Successió...», op. cit., pp. 164-165.

¹² Conrad Roure, *Memòries de (...). Recuerdos de mi larga vida, t. I, II y III (1925-1928)*, Vic/Barcelona, EUMO/IUH Jaume Vicens Vives, 2010, pp. 489 y 582-583.

analogía entre 1714 y fechas posteriores asociadas a combates democráticos, revolucionarios o nacionales, una práctica usual en los procesos de movilización colectiva de finales de siglo XIX y a lo largo de todo el XX. Una tentación comprensible –dado que se da en dosis similares en la mayor parte de las culturas políticas de los países del entorno– que, en relación a la problemática que nos ocupa, requiere tener presente una precaución, formulada por David Martínez Fiol: «La recuperación de la historia y de la cultura de Cataluña, definida como la *Renaixença*, que se realizó en la primera mitad del siglo XIX no formaba parte de una operación de tintes catalanistas, sino que, por contra, pretendía resaltar la especificidad histórico-cultural del Principado como un elemento integrante y enriquecedor de la nueva España liberal y nacional».¹³

¡A misa!

El hecho es que en 1886 el 11 de septiembre dejó de ser un mero recuerdo o una analogía útil para explicar los combates del momento y salió de la intimidad de los discretos hogares burgueses y mesocráticos y del corazón de los buenos catalanes a la luz del espacio público. Aunque su destino primero no fue exactamente la calle o la plaza. El acto religioso, el funeral, se ofició en la parroquia de Santa María del Mar, situada junto al citado Fossar. El dato no es en absoluto menor: el 11 de septiembre, en tanto que fiesta, no nacía como celebración laica. No era, para entendernos, y en un contexto en el que la cuestión de las hegemonías clericales era central para las formulaciones intelectuales y políticas del liberalismo, un ceremonial republicano contrapuesto, ni en lo ritual ni en lo simbólico, a la religión católica. Que el dato no sea menor no quiere decir que fuera raro: constituye un argumento contrastado el de la existencia de una correlación entre las temáticas de la nación y de la religión; así como el del recurso a la primera en tanto que lenitivo para con las flaquezas de la segunda.¹⁴

La resonancia del acto en la opinión de la época fue mayor debido a la prohibición del sermón que tenía preparado para la ocasión el canónigo vicense Jaume Collell. Éste, proclamado «mestre en *gay saber*» en los juegos florales de 1871 y, en palabras de Vicente Cacho Viu, «pionero del *ralliement* entre nacionalismo y catolicismo» era conocido por lo tajante de sus planteamientos patrios y por el exitoso proceso que estaba liderando: el de adaptar a las condiciones sociales y políticas

¹³ D. Martínez Fiol, «La construcción mítica del *Onze de setembre de 1714* en la cultura política del catalanismo durante el siglo XX», *Historia y Política*, 14 (2005/2), p. 220.

¹⁴ Renato Moro, «Rituales políticos/religiones políticas», en Jordi Canal y Javier Moreno Luzón (eds.), *Historia cultural de la política contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, pp. 97-147. Para los valores culturales del primer catalanismo, Joan-Lluís Marfany, *La cultura del catalanisme: el nacionalisme català en els seus inicis*, Barcelona, Empúries, 1995.

del mundo urbanizado y de la sociedad liberal corroída por la cuestión social obrera no pocos de los materiales culturales de la montaña catalana, de las áreas que habían dado consistencia a la causa tradicionalista entre la primera y la tercera guerra carlista. En 1879, con abierta intención polémica para con la deriva catalanista de antiguos federales con los que compartiría el acto en Santa María del Mar, había publicado *Catalanisme: lo que és i lo que deuria ésser*, en pro de un catalanismo práctico, racional y de inmediatas consecuencias. Sobre quién tomó la iniciativa primera de la prohibición figuran, como es sabido, un par de teorías. Por un lado, la que habla de una imposición del capitán general Arsenio Martínez Campos. Junto a ella, la que adujeron en su momento los propios catalanistas vicenses: las razones de la alta prudencia que en un prelado «són sempre de respectar». En todo caso, y en un régimen de aplicabilidad de las relaciones concordatarias, la orden no fue ajena al obispo Jaume Català.¹⁵

Con o sin alocución, 148 personas –consideradas «separatistas», con exceso de celo, por el informe policial–, incluyendo gran número de señoras, parecían decididas a dejar atrás el estadio de la heráldica para entrar de lleno, aunque probablemente más de uno, y sobretodo de una, sin saberlo, en el terreno, más prosaico, de la política práctica. Lo hacían contando, además de con la figura clerical de Collell, con la convergencia que hacía explícita la presencia del venerable dramaturgo Àngel Guimerà, antiguo secretario, en tiempos del Sexenio, de la sociedad *La Jove Catalunya* y fundador de «La Renaixença», y con la del político y polígrafo exfederal Valentí Almirall, atrapado por el juego historicista que él mismo habría iniciado.¹⁶ Lo hacían, unos y otros, para exaltar, como proclamarán algunas de las voces presentes en los actos, el «nostre 2 de Maig». El paralelismo, propuesto por Josep Narcís Roca Ferreras, era transparente y la intención no llamaba a engaño. Nacía, la festividad, para diferenciar naciones, que quizás aún no saben que lo son, mediante el recurso de fijar una partida de nacimiento distinta la una de la otra.¹⁷

Quien no estaba ese día ni siquiera en forma de estatua era Rafael de Casanova. La tímida monumentalización de la ciudad liberal, sólo en

¹⁵ Vicente Cacho Viu, *El nacionalismo catalán como factor de modernización*, Barcelona, Quaderns Crema/Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1998, p. 36. Josep María Fradera, «Estudi preliminar» a Maties Ramisa, *Els orígens del catalanisme conservador i 'La Veu del Montserrat': 1878-1900*, Vic, Eumo, 1985. Pere Anguera, «El 11 de setembre», *op. cit.*, pp. 19-20.

¹⁶ Margalida Tomàs (edic.), *La Jove Catalunya: antologia*, Barcelona, La Magrana, 1991, Josep Pich i Mitjana, *Federalisme i catalanisme: Valentí Almirall i Llàzer (1841-1904)*, pròleg de Pere Gabriel, Vic, Eumo, 2004. Almirall y el austriacismo en Enric Ucelay-Da Cal, *El imperialismo...*, *op. cit.*, pp. 103-108.

¹⁷ *L'Arch de Sant Martí*, 12 de septiembre de 1886. Jordi Llorens, estudio a J.N. Roca i Farreras, *El catalanisme progressiu*, Barcelona, La Magrana, Biblioteca dels Clàssics del Nacionalisme Català, 1983.

parte compensada mediante la adopción de un callejero historicista para las calles del Ensanche, había hecho que, entre muchas otras figuras del pasado, el *conseller en cap* de 1714 no contara con una talla urbana.¹⁸ Un año antes, en mayo de 1885, la corporación municipal había tomado el acuerdo de encarar al escultor Rossend Nobas una figura de cuerpo entero. En cualquier caso, el monumento no fue instalado hasta mayo de 1888. La localización primera da cuenta del sentido de la empresa: se instalaría en el Saló de Sant Joan, entre el nuevo Arco de Triunfo que celebraba las glorias patrias, las catalanas y las españolas, y la entrada al recinto de la Exposición Universal en el Parque de la Ciudadela.¹⁹ Aprovechando la coyuntura previa a la celebración de dicha Exposición el ejercicio de corrección del vacío monumental aludido incluyó a Casanovas junto a otros personajes del pasado reciente.²⁰ Con el tiempo, la estatua erigida pasó a ser uno de los puntos nodales de la celebración. El 1914 será trasladada al enclave en el que se consolidó posteriormente –excepto durante el paréntesis franquista– y donde, se supone, Casanova cayó herido en 1714. Se le añadiría un zócalo y un pedestal para dotarla de una condición más majestuosa, aunque no se podía evitar ya la sangrante contradicción que encerraría para la posteridad: la obra, según Francesc Fontbona, «recull la tradició patètica de l'heroi romàntic amb una expressió facial molt semblant a la del famós *Torero ferit* que el mateix Nobas havia realitzat disset anys abans». El patriota acabaría siendo, sin saberlo muchos de sus cultores, el trasunto de un diestro malherido.²¹

El 11 de septiembre permitirá, en la medida que Casanova recibe una atención privilegiada en beneficio de otros héroes de la resistencia, la analogía con los nuevos dirigentes del catalanismo y, ya entrado el siglo XX, con los primates de la Lliga. Incluso con aquellos que se habrían resistido con sólidos argumentos a convertir el recuerdo de la resistencia de 1714 en el punto de celebración de la nación redimida. Así, a raíz de la muerte de Prat, y en algunas de sus necrológicas, se establecerá la equiparación: «Rafel Casanova fou l'heroi esforçat de la Decadència; Enric Prat de la Riba el príncep gloriós del Resorgiment». Sin Casanova la muerte de Cataluña hubiese sido definitiva. Su gesto aseguró la supervivencia. Lo que ha logrado Prat es rehacer el espíritu

¹⁸ Stéphane Michonneau, *Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracions i mites*, Vic, Eumo, 2002. Víctor Balaguer, *Las calles de Barcelona*, op. cit.

¹⁹ Joan Crexell, *El monument a Rafael Casanova*, Barcelona, El Llamp, 1985.

²⁰ Albert Balcells, *Llocs de memòria dels catalans*, op. cit., pp. 108-110. Pere Duran i Farrell et alii, «L'Exposició de 1888 i la Barcelona de fi de segle», en *Barcelona Metròpolis Mediterrània*, 10 (1988), pp. 65-211.

²¹ F. Fontbona, *Del neoclassicisme a la Restauració (1808-1888)*, *Història de l'Art Català*, vol VI, Barcelona, Edic. 62, 1983, p. 245. *Torero ferit* (1871) <http://www.flickr.com/photos/docjfw/4088715714/>

genuino que los catalanes de la «decadencia» habrían abandonado a su suerte.²²

El encuentro entre espacio y uso, entre actos sociales del día 11 y escultura de Casanova, tardó algo en producirse. La primera ocasión en la que el monumento fue objeto de una ofrenda floral fue en 1889, aunque en el mes de abril y por razones otras que la celebración de la efemérides: se trataba de cerrar una manifestación convocada dentro de los actos de protesta por la reforma del Código Civil. El ritual que, a tientas, conformaban los catalanistas entroncaba con las conveniencias y las necesidades de los grupos de interés que llevaban tiempo defendiendo una agenda en la que lo central era la obtención de una protección arancelaria suficiente o la preservación de un marco legal que habría hecho posible la singularidad social y económica del país. En suma, una agenda que, como habían demostrado los ciclos de manifestaciones y mítines proteccionistas desde, como mínimo, 1881, garantizaban el éxito de la movilización. Ese día de abril, mientras miles de personas se encontraban frente a la estatua, un joven activista del Centre Escolar Catalanista coronó simbólicamente a Casanova, al tiempo que le colocaba una bandera catalana y una barretina. El Código y el pasado, el combate de presente y el proyecto nacionalista se aunaban en un gesto movilizador.²³

Con todo, el episodio del funeral de 1886 exige, antes de seguir adelante, una reflexión adicional. Los historiadores catalanes que analizan el origen y la evolución de la *Diada*, acaso con la excepción de Fradera y Martínez Fiol,²⁴ han asumido el esfuerzo de mostrar la forja de la conmemoración como la salida a la luz de una memoria histórica ancestral de las libertades propias, como si se tratase de una surgencia que permitiese que un depósito subterráneo de aguas emergiese para ser vista y bebida. En realidad, más que la metáfora del acuífero han usado de manera reiterada la de las raíces. Su labor, no ya la de los nacionalistas sino la de los historiadores, ha consistido en procurar sacar a la luz unas *arrels* –sociales, políticas, culturales– hundidas en el suelo patrio, en su pasado, ocultas bajo el humus creador que depositaba el tiempo y, con él, el paso de las sucesivas generaciones. El último ejercicio de este tipo, por el momento, ha sido el impresionante libro, por el talento, la minuciosidad, el rigor informativo y la exhaustividad erudita, de Pere Angue-

²² *La Veu de Catalunya*, 11 de septiembre de 1917.

²³ Pere Anguera, «El 11 de septiembre», *op. cit.*, p. 22. Jordi Llorens i Vila, *La Lliga de Catalunya i el Centre Escolar Catalanista: dues associacions del primer catalanisme polític*, Barcelona, Rafael Dalmau, 1996. Para el personal que dirigía el asociacionismo, Joaquim Coll i Amargós y J. Llorens i Vila, *Els quadres del primer catalanisme polític, 1882-1900*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 2000.

²⁴ David Martínez Fiol, «Creadores de mitos. El Onze de Setembre de 1714 en la cultura política del catalanismo (1833-1939)», *Manuscripts*, n.º 15, Bellaterra, UB, 1997, pp. 341-361; y «La construcción mítica del Onze de setembre de 1714...», pp. 219-242.

ra.²⁵ Esa memoria sería de carácter popular y, providencialmente, democrática y progresista. Las retóricas tardorrománticas y conservadoras serían, por ello, meras excrecencias, adiposidades ajenas al tejido sano del recuerdo compartido. La memoria popular y catalana, democrática y nacional, constituiría un hilo conductor, en ocasiones tenue, en otras de trazo denso, pero siempre activo que habría conseguido sobrevivir a las agresiones del unitaritarismo y a los procesos de provincialización del catalán.

Lo paradójico es que, esas mismas aproximaciones historiográficas, al dar noticia puntual y exacta de los actos que se registran desde mediados de la década de 1880 en adelante, acaban dejando constancia del papel medular de los funerales religiosos, de las misas, del activismo de los mosenes o de tantas y tantas comuniones solemnes para obtener de Dios las libertades patrias que los centralistas, cuando no los castellanos en genérico, habrían arrebatado a los catalanes. Desde 1900, además, la Lliga Espiritual de la Mare de Déu de Montserrat, asociación seglar fundada por el obispo Josep Torras i Bages meses atrás, celebraba en la parroquia barcelonesa de San Justo y San Pastor un funeral, con ofertorio incluido, que se repetiría año tras año.²⁶

Al cabo, como toda fiesta nacional que se precie, la del 11 de septiembre acabará siendo –si no lo es, como se puede colegir del conflicto/complicidad de Collell y Almirall, desde sus orígenes– interclasista y capaz de neutralizar/asimilar tradiciones ideológicas diversas –incluso la potente dialéctica clericalismo/anticlericalismo–; aunque de lo que caben pocas dudas, si se atiende a los actores principales y a los directores de las funciones de estreno, es del peso de una mirada y de una querencia tradicionales e insistentemente católica.²⁷

De los salones a las calles, el sentimiento

Del interior de las iglesias las celebraciones pasarían, en los años siguientes, a los centros. El 1891, una entidad menor dentro del entramado de centros agrupados en la Unió Catalanista, el Foment Catalanista, organizaba una velada necrológica.²⁸ Fue el primero de una serie de encuentros, ahora ya sí reiterados, que tendrán, todos ellos,

²⁵ Pere Anguera, *L'Onze de Setembre. Història de la Diada (1886-1938)*. Proyecto de rescate y construcción que ha dado lugar a obras póstumas como Pere Anguera, *Les quatre barres: de bandera històrica a senyera nacional*, Barcelona, Rafael Dalmau, 2010.

²⁶ Pere Anguera, «El 11 de septiembre», *op. cit.*, p. 27. A. Balcells, *Llocs de memòria...*, *op. cit.*, p. 111. La asociación seglar y la centralidad otorgada por Torras a la sociedad civil, cf. E. Ucelay-Da Cal, *El imperialismo...*, *op. cit.*, pp. 140-141.

²⁷ Las dudas sobre el peso central de lo católico pueden resolverse en las páginas que Anguera dedica a la conmemoración de 1921, por ejemplo.

²⁸ J. Llorens, *La Unió Catalanista i els orígens del catalanisme polític: dels orígens a la presidència del Dr. Martí i Julià (1891-1903)*, Barcelona, Abadia de Montserrat, 1992, pp. 451-452.

una estructura similar: misas, conferencias históricas, lecturas literarias, propaganda política; disertaciones eruditas, discursos, cantos y representaciones teatrales. Tanto los actos iniciales en Barcelona como los que tienen lugar en otras localidades del interior del país constan, a menudo, de oficios religiosos en forma de funerales o misas de difuntos. Las veladas incorporan la lectura de textos históricos. En los momentos iniciales fragmentos, los más vibrantes, de la obra de Aulèstia i Pijoan relativos a la caída de Barcelona; a veces algo de Balaguer. Más adelante se agregarán lecturas de capítulos de Salvador Sanpere y Miquel. El menor componente emocional de éstos los hacía, sin embargo, menos adecuados.²⁹ Por lo que se refiere a las obras de teatro, el argumento solía ser autóctono, aunque no se renuncia a piezas que diesen lugar a la analogía con otros nacionalismos. El programa incluye, alternativamente, obras de Àngel Guimerà –*Mestre Oleguer*, de 1892–, patriarca del catalanismo tanto como del teatro, de Antoni Ferrer Codina –*Un jefe de la Corona*– o de Josep Burgás, que en textos como *Jordi Erin* sitúa la acción en el Dublín de 1845. La obra, estrenada en 23 de noviembre de 1906 en el *Teatre Català*, se convierte desde 1908 en una pieza de repertorio en las veladas patrióticas. Pocos años más tarde, en 1912, el propio Burgás, visto el éxito obtenido, estrenará *Els Segadors de Polònia*, obra con la que amplía la geografía de las similitudes.³⁰

El cierre de las sesiones pasa por cantar a coro las «notas majestuosas de nostre himne», de pie y con la cabeza descubierta. Desde 1894 el encuentro se ha completado con la ofrenda floral a Rafael Casanova. Los locales, desbordándose, abren las puertas de la calle. Se sale al espacio público, se recorre a pie la distancia que separa el centro del monumento y se deposita, en medio de cantos y vivas, la preceptiva corona. Tres años más tarde fueron un reducido grupo de ocho jóvenes de la *Associació Popular Catalanista* los que inauguraron la tradición –aquí el oxímoron tiene fecha de inicio– de añadir a los laureles y a las coronas los lazos con la cuatro barras.³¹ La ocasión permite, así mismo, que la prensa catalanista recurra al mismo proceder que las cabeceras republicanas u obrerista usaban en días señalados –11 de febrero, 1 de mayo, 14 de julio–: llenar las páginas de los números monográficos mediante artículos de historia, una completísima sección de poemas alegóricos y unos pocos textos doctrinales. Finalmente, con el paso del tiempo, los encuentros podían acabar con una *ballada de sardanes*. Es, la del 11 de septiembre, la fecha clave en la difusión nacional de un baile comarcal.

²⁹ S. Sanpere y Miquel, *Fin de la nación catalana* (1905), estudio introductorio de J. Albarreda i Salvadó, Barcelona, Base, 2001, 2 v.

³⁰ Pere Anguera, *L'Onze de Setembre*, *op. cit.*, p.125.

³¹ Pere Anguera, «El 11 de septiembre», *op. cit.*, p. 24.

Como pasa con las asambleas de la Unió Catalanista, la celebración del 11 de septiembre deviene una excusa perfecta para el ajetreo viajero. Son el conjunto de las comarcas catalanas las que en algún momento u otro reciben el honor de organizar el acto más relevante y concitar el interés, y la presencia, de los correligionarios de otras partes de Cataluña. Al mismo tiempo que refuerza el conocimiento del país –los desplazamientos a comarcas– se produce el fenómeno contrario/complementario. Como cada año desde la vecina comarca del Maresme muchos jóvenes iban «en romiatge patriòtic» al monumento a Casanova. En ocasiones, veraneantes. Al fin y al cabo no se había acabado la temporada; en otras, naturales del lugar. A medida que avanza el siglo se registra una práctica nueva. Son los residentes en Barcelona procedentes de la inmigración interior los que se reúnen para ir a honrar a Casanova. En otras palabras, el día facilita la práctica de la sociabilidad comarcal en Barcelona. La capital reasume, integra, respeta, la complejidad de los orígenes de sus hijos y pasa a ser una genuina capital en la que se celebra una auténtica fiesta nacional. Significativamente, es en esos años cuando se populariza en los actos del día 11, incluso sustituyendo *Els Segadors*, el canto de *L'Emigrant*, con letra de Jacint Verdaguer y música de Amadeu Vives.

Desde el primer 11 de septiembre acreditado, los catalanistas entienden que Cataluña tiene que ser, especialmente en ese día, una sociedad movilizada, un pueblo volcado en el quehacer colectivo, en la afirmación de su identidad específica. Cultura del trabajo, espíritu reflexivo, particularista, con un sentido muy positivo y concreto de la existencia, modernidad y adecuación a los tiempos serían rasgos que, fijados por Almirall, recogidos en términos agresivamente raciales por Pompeu Gener y convenientemente adaptados a la conciliación con el espíritu católico de Collell, serían valorados durante todo el año y proyectados sobre el culto a los ancestros en la que acabaría, no sin conflictos, siendo la *diada* nacional. Lo cierto es que siendo materiales para asentar diferencias, no lo eran para movilizar el ánimo de la sociedad y menos de sus elementos jóvenes. El catalizador que facilitaba la deseable reacción química lo facilitaba la épica, la memoria de unos mártires por las libertades catalanas.³²

La jornada marca, en la medida que se logre alcanzar el estadio de la acción colectiva, tanto la cronología de la nacionalidad perdida como la de la conciencia nacional recobrada. De hecho, y atendiendo a las coyunturas de inevitable despolitización, algunas de las futuras fiestas pasaron, como pasaba con calendarios alternativos (el obrerista, el

³² Josep R. Llobera, «La formació de la ideologia nacionalista catalana», *L'Avenç*, 63 (1983), pp. 24-33. Claudi Esteve Fabregat, *La identidad catalana contemporánea*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

republicano, el integrista, o el nacional español), sin pena ni gloria. A pesar de que desde un primer momento se oyeron voces exigiendo la continuidad del acto memorial, su reiteración en años venideros, las dificultades no estuvieron ausentes. Los estados de excepción gubernativos obligaban al repliegue; las propias evoluciones internas del campo catalanista, con sus rupturas y nuevas fundaciones de centros y ligas, contribuían a los espasmos iniciales. Con razonamientos que exploraremos más adelante, algunos de los elementos de referencia de las nuevas generaciones, como el mismo Enric Prat de la Riba, pusieron no pocos peros a la adopción del 11 de septiembre como pieza central del nuevo calendario nacional. Será entonces, en los momentos de interrupción, duda o dificultad, cuando desde las posiciones del catalanismo intransigente, desde los espacios extremos de una cultura y un movimiento en el que conviven moderados y radicales, se hacen sonar todas las señales de alarma. La intensidad participativa es una condición *sine qua non*, no ya del éxito de la jornada sino de la superveniencia de la nación. Sin conciencia de ser, sin presentar batalla, sin celebración *in crescendo*, la nación se agota y desaparece.

La movilización no es incompatible, al contrario, con el arrebató por lo propio. De hecho, desde sus primeros pasos el 11 de septiembre se convertirá en un día clave para conseguir el necesario ensimismamiento. Con motivo del segundo centenario, uno de los principales definidores del nacionalismo tajante, el doctor Martí Julià proponía dejar de consumir periódicos o espectáculos *forasteros*. Mientras Manuel Folguera i Durán arremetía contra los catalanes egoístas y sumisos ante las ofensas a Cataluña, contemporizadores ante las corruptelas del régimen centralista, claudicantes para con el uso del castellano o ganados por la «boja afició a les curses de braus». ³³ El ensimismamiento facilitaba uno de los grandes objetivos nacionales: la detección del enemigo interior. En 1919, durante la velada egarense, el patriota local Delfí Sanmartín, un habitual por esas fechas entre los oradores catalanistas de la capital vallesana, sostenía «avui se celebra aquesta festa arreu de la nostra terra i per lo tant qui no està en nosaltres és un enemic nostre; no som nosaltres els que els senyalem: ells mateixos es declaren». ³⁴

El altercado y el hábito

A partir de 1901 el acto pasa a ser organizado por las sociedades más radicales de la Unió Catalanista –Catalunya i Avant, Lo Sometent, Lo Renaixement, Los Montanyenchs, La Falç i Lo Tràngol. El acto, dada la beligerancia de quienes participan, y su juventud, facilita el enfrenta-

³³ *Renaixement*, 10 de septiembre de 1914, «Encara!», D. Martí Julià y «Els catalans de 1714 i els de 1914», M. Folguera Duran.

³⁴ Recogido en Pere Anguera, *L'Onze de Setembre*, op. cit., p. 212.

miento a tres bandas. La policía y los militantes lerrouxistas son objeto de las denuncias de los nacionalistas. Algunos de estos últimos son detenidos y ello les permite crear un nuevo tipo de entidad: la dedicada a la solidaridad para con los detenidos, La Reixa. Por lo demás, las detenciones del 11 permiten, en las jornadas siguientes, y ya desde 1901, el mantenimiento de los catalanistas en el debate político de la ciudad: se convocan manifestaciones de protesta. No es menos cierto que en 1901 también se produce otro dato muy relevante: la conquista de las instituciones da un salto adelante ese año con la candidatura de los cuatro presidentes y la victoria en la municipales.

En 1905 quienes asumen la tarea de dar forma precisa a los actos fueron los jóvenes del CADCI.³⁵ Es el centro de los dependientes el que convoca ese año, a principios de julio, a los centros y periódicos catalanistas a una reunión para estudiar el cómo. Ahí se redacta el primer manifiesto unitario del que se tiene constancia, y de ahí sale la comisión de once entidades que regula cómo y de qué manera hacer las ofrendas florales. La Lliga Regionalista, el partido que desde 1901 se ha hecho con el control de las instituciones, y que aspira a hacer lo mismo con todo el espacio público, se suma a la jornada. Las vacilaciones dejan paso a un entusiasmo que ya no se verá afectado por los avatares de los años siguientes. El moderno partido que había surgido para tomar el relevo a las modalidades de representación de intereses desde plataformas económicas asume plenamente la jornada llamando a llevar ofrendas florales y a enlutar los balcones de la ciudad. El gobierno civil prohibió la iniciativa de transformar toda la ciudad en un escenario de protesta política y multó a los impulsores; mientras tanto se registraban enfrentamientos violentos alrededor de las sedes de diversas publicaciones catalanistas.

Es la del 11 de septiembre, no tanto por el contenido cuanto por el continente –comitivas depositando coronas de laurel a los pies de la estatua de Rafael Casanova– una festividad abierta a los protagonismos sectoriales: a las mujeres y a los obreros, a los niños y a los vecinos de una determinada barriada, a los veraneantes en cierta localidad o a los jóvenes radicalizados e intransigentes de un ateneo nacionalista. La celebración tuvo, en esos años primeros, dos momentos: el disruptivo y el convencional. El paso de uno a otro no fue fácil, ni irreversible. Hubo involuciones, dudas y retrocesos. Ese vaivén se prolongará en el tiempo. En general, los episodios de institucionalización de un poder autónomo contribuyen a dejar de lado, en términos interiores, el perfil de fiesta orientada a la ruptura brusca. Se trata, entonces, de dar prioridad al fes-

³⁵ Manuel Lladonosa, *Catalanisme i moviment obrer: el CADCI entre 1903 i 1923*, Barcelona, Abadia de Montserrat, 1988, 106-107. Pere Anguera, *L'Onse de Setembre*, op. cit., p. 93.

tejar los espacios de poder alcanzados y dotarlos, ante la propia comunidad y frente al resto de España, con la aureola del consenso ciudadano, de la unanimidad. Hacer que todos los catalanes, nacionalistas o no, se sientan miembros de una comunidad que dispone de órganos de toma de decisión colectiva. No es menos cierto que la inflexión institucional no impide el uso, por los elementos más radicales del movimiento, incluso en los momentos de celebración de victorias parciales, de las raíces anticastellanas y potencialmente antiespañolas del evento. Desde sus primeros pasos, el catalanismo político contiene especificaciones de naturaleza distinta e incluso antagónica en lo referente a los horizontes ideales. No obstante, el extremo complementa al núcleo central, lo define y, con el tiempo, lo modifica. Ello se hace perceptible a partir de los años 1904 a 1906. El nacionalismo catalán deviene, primero con la lenta emergencia de un nacionalismo republicano y a renglón seguido con la Solidaridad Catalana, en un ecosistema político en el que el regionalismo no se entendería sin las expresiones separatistas, y al revés. En tiempos de la Solidaridad las jornadas del 11 de septiembre se convierten en el punto culminante de las movilizaciones catalanistas. Es entonces cuando se hacen más presentes los jóvenes, los niños y las mujeres. También es en esas jornadas cuando se procede al enfrentamiento, a tres bandas. Por un lado está la policía. Por el otro los elementos lerrouxistas dispuestos a reventar los actos. Son momentos en los que, no sólo en Barcelona, sino en todas las localidades en las que se celebra el acto, éste va adquiriendo un tono más reivindicativo en detrimento del estrictamente elegíaco.³⁶ El 11 de septiembre, en cualquier caso, es, desde sus orígenes, una jornada para la movilización del nacionalismo catalán, en su conjunto. Pueden haber, y habrán, despliegues singularizados en razón de las expectativas que se contemplan. Pero la jornada es, ya desde sus inicios, un todo. Por lo demás, y en la medida que el catalanismo consigue arrogarse la centralidad en el sistema político catalán, la fiesta se institucionaliza y la movilización pasa a ser la de los catalanes, la de la sociedad catalana como un todo. El proceso no fue fácil ni estuvo exento de tensiones o, simplemente, de equívocos.

Tanto en la fase disruptiva como en la convencional, tanto en la periferia como en el centro del catalanismo, la jornada permite, como hemos advertido, llevar a cabo una revisión compulsiva de la historia. Siempre es la misma. E invariablemente se hace con una doble finalidad, la de flagelar al enemigo secular y, también, la de autodisciplinarse. Se trata de una fecha triste, pero no desconsoladora. Era nostálgico conmemorar la pérdida de libertades e instituciones, pero el mero hecho de celebrarlo permitía –creían– superar la melancolía en la que estaban instalados y abría las puertas de la esperanza. La historia, recordará *El*

³⁶ Pere Anguera, *L'Onze de Setembre*, op. cit., p. 121.

Poble Català en 1915, es fundamental en la conformación de la conciencia de nación. Cada año se celebra la historia porque allí los catalanes encuentran un capital emotivo que les permite continuar la obra de reconstrucción de la Patria. Decía, el periódico de la izquierda catalanista, en una suerte de afirmación cíclica «No hi ha temps que no torni i els catalans devem haver d'esperar altra volta una Catalunya florent, rica i plena, treballant per al seu ressorgiment».³⁷ Recrearse en la historia no es lo mismo que instalarse en ella. Esa complacencia habría sido comprensible en la generación *jocfloralesca* –tanto por su rol preparatorio como por moverse en los límites de la sociedad liberal– pero imperdonable entre los jóvenes que contaban con ese legado y que, por lo demás, operaban en el marco de una sociedad que se abría al protagonismo de las multitudes, de las masas. En estas circunstancias, conmemorar para recordar podía entorpecer el lento proceso de construcción nacional. Había que ofrecer una expectativa. Había que conmemorar, aunque pareciese contradictorio, para mirar hacia delante. Recordar la historia «de cara a l'endemà».³⁸

En esos combates del presente y en esas proyecciones de futuro el 11 de septiembre permite cultivar, al mismo tiempo, potenciándose mutuamente, dos sentimientos colectivos: el amor y el odio. El amor al país y a sus ancestros. El amor, por así decir, propio. También, el odio. El odio, axiomático, a la tiranía. Para catalanistas reaccionarios o liberales, para los seguidores del canónigo Collell o del obispo Torras i Bages, así como para los partidarios de Almirall y de su evolución desde el federalismo a un liberalismo catalanista, la jornada puede ser aducida como una respuesta colectiva a los despotismos y a los yugos. Las multitudes democráticas y las herejías librepensadoras –herencia del proceso liberal– no resultan menos abusivas, para según quién, que lo que lo son los poderes ajenos a la voluntad de la ciudadanía, para otros. El rasgo redentorista convierte a la festividad, en ocasiones, en un argumento no muy apreciado por aquellos que razonan, en clave estrictamente conservadora y moderantista, que las jerarquías existentes son importantes como sostenedoras del orden social. Las reticencias se superan con relativa facilidad una vez superada la fase disruptiva. Es, también, una fecha para mostrar el odio a la corona, o a la infame dinastía que traicionó el pacto secular suscrito en cortes y parlamentos tradicionales. Así mismo, y para dejar de momento el estigma fundamental que recae sobre Castilla y lo castellano, en cuanto los catalanistas se aperciben que no todos los catalanes, por entonces, lo son es una fecha de odio a los judas y a los fariseos. No ya a los *botiflers* –concepto acuñado en tiempos de la guerra que todo lo origina– sino a los miembros de la colectividad que se han

³⁷ *El Poble Català*, 11 de septiembre de 1915, «Per Catalunya i per la Llibertat».

³⁸ Pere Anguera, *L'Onze de Setembre*, op. cit., p. 84.

vendido por un puñado de monedas o que juegan a la ambigüedad y al llevarse bien con todo el mundo.

El 11 de septiembre es, al mismo tiempo, una jornada de culto a la vida y a la muerte. A la vida de la nación y a la muerte vindicada de los patriotas que, sabiéndolo o no, precedieron a las actuales generaciones y dieron hasta el último aliento por la nación catalana. Hay, en este punto, una nítida diferencia entre 1714 y los años finales del Ochocientos. Dirán que entonces, a principios del siglo XVIII el adversario era, sobre todo, exterior –cierto éste contaba con la gran anticipación hogareña del quintacolumnismo: el *botifler*, minoritario por definición–; ahora, se lamentarán, el enemigo se había metido, y de qué manera, en casa. Eran los efectos emanados del despliegue, tan defectuoso como se quiera, del Estado liberal. De la expansión de su aparato administrativo, de sus tímidos esfuerzos educativos, de su persistente querencia por la conscripción. En 1895, *Lo Somatent* llamará a combatir hasta que se les pueda decir a los antepasados: «¡Ja tenim la terra neta de gent estranya!». ³⁹ Hay que honrar a los que han dado su vida por la tierra y sus libertades expulsando a aquellos que mancillan a ambas. Hay que lograrlo abriéndose a horizontes de esperanza y alegría libertadora. También de venganza y resarcimiento. No sólo catalán. La simiente universal radica en el corazón de la jornada. El nacionalismo catalán inscribe, desde sus primeras manifestaciones, su causa en la de las naciones que no han alcanzado el rango de Estado, que se han visto subyugadas, minorizadas. Lo ocurrido el 11 de septiembre de 1714 era «el crim més gros de la humanitat». Por ello, los restantes pueblos oprimidos, todos los que sufren «el jou terrible de la esclavitut», deberían honrar a los patricios barceloneses. ⁴⁰ Es un deber que echa sus raíces en el pasado pero se renueva cada día hasta el hoy. Una suerte de cosmopolitismo ochocentista convive con las urgencias imperiales entre los primeros catalanistas.

Para un nacionalista de principios del siglo XX Cataluña sigue recibiendo, como en 1714 y de parte de la España castellana, agresiones de todo tipo. Ahora, las armas han sido sustituidas, según Martí y Juliá, por torrentes de corrupción, de degradación moral y de envilecimiento «que aygualleixan la sang, perverteixan la moral y afemellan los esperits». ⁴¹ El *masculinismo* propio de la política de la época no es ajeno al catalanismo. Como ya hacen los lerrouxistas, también los nacionalistas detectan en sus rivales políticos el estigma del afeminamiento, entendido como no-ser. Desde 1907, año en el que se representa la zarzuela del mismo

³⁹ *Lo Somatent*, 11 de septiembre de 1895.

⁴⁰ *La Sembra*, 8 de septiembre de 1904.

⁴¹ *La Renaixensa*, 10 de septiembre de 1899, ¡1714!. Véase el estudio introductorio de Jaume Colomer a Domènec Martí i Juliá, *Per Catalunya i altres textos*, Barcelona, La Magrana, 1985, pp. II-XXXI.

título son muchas las entidades que darán la bienvenida a sus veladas propiciatorias con *La Santa Espina*, ese himno, con música de Enric Morera y letra del ubicuo Guimerà, que empieza con aquella vibrante afirmación: «Som i serem gent catalana, tant si es vol com si no es vol...». El ser con todos los atributos, de igual manera que la juventud y la sangre nueva, se presenta, en esa jornada y en los restantes días del calendario como ingrediente de renovación que puede acompañar a una veteranía más difícil de encontrar, aunque no imposible ya a esas alturas, en las filas del catalanismo que en las de la democracia republicana.⁴² Que el masculinismo sea, en él mismo, un valor, no resta protagonismo a la mujer. Ésta queda asociada a la jornada, como una pieza menor. Es, como en todas las culturas políticas ochocentistas, la mujer que cose las banderas y cuelga los festones en el balcón del hogar o del centro regionalista. Son su manos delicadas las que preparan las coronas de laurel o los ramos de flores que se depositan en los lugares sagrados.

La alternativa no factible

El nacionalismo en construcción se planteó la idoneidad de la fecha elegida. Entre las alternativas posibles llegó a proponerse el 20 de mayo. Era éste el día en el que se produjo el clímax de la Solidaridad Catalana: el homenaje de miles de barceloneses y catalanes a los diputados que habían combatido, en las Cortes, a la Ley de Jurisdicciones.⁴³ La propuesta era radical, consistía en celebrar la movilización de presente proyectándose sobre el futuro inmediato en vez de proceder a la evocación sistemática del pasado. Competencia, como resultaba fácil de imaginar, más hipotética que real.⁴⁴ El carácter definidor de la historia era imposible de omitir. En rigor, ese 20 de mayo contenía más similitudes potenciales con el Dos de Mayo español que el 11 de septiembre –no pocos lo interpretaron como un movimiento de salvación español–, pero no era, precisamente por eso, el caso.⁴⁵ En realidad, la más real de las alternativas presentadas fue la apuntada en 1905 por la Associació de Lectura Catalana. Ese año la entidad promovió, con la cooperación de un sinnúmero de centros, una jornada patriótica alternativa, o complementaria, a la del 11 de Septiembre. Se trataba del Corpus. Fecha que remitía a otro momento fundamental en la memoria de los catalanes –entendida ésta como una memoria de conflicto con lo español y sus autoridades: el *Corpus de Sang* de 1640. En junio de 1905 la Associació convocó

⁴² J.-Ll. Marfany, *La cultura del catalanisme...*, op. cit. Virilidad lerrouxista en José Álvarez Junco, *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogía populista*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 249-252 y 264-265.

⁴³ Joaquim de Camps i Arboix, *Història de la Solidaritat Catalana*, Barcelona, Destino, 1970.

⁴⁴ Pere Anguera, *L'Onze de Setembre*, op. cit., pp. 139-140.

⁴⁵ Enric Ucelay-Da Cal, *El imperialismo...*, op. cit., pp. 402-406.

en el «Desert de Sarrià [...] un aplech patriòtic de tots els elements nacionalistas». Una gran bandera indicaría a los asistentes el lugar de la reunión. Los orfeones recibirían con sus cánticos a los asistentes recién llegados, en representación de entidades, corporaciones y periódicos. A cada joven se le regalaría una barretina. A las chicas, una medalla. En fin, miles de personas se concentraron para escuchar, entre otros, a J. Franquesa Gomis. Éste diría que los pueblos modernos celebran una fiesta nacional. Una fiesta que en ciertos casos conmemora una victoria inmortal o una revolución heroica y, en otros, el inicio de una nueva era. Se trata, según Franquesa, de fiestas que tienen la mágica virtud de acoplar a todas las gentes en un acto solemne de «adoración» a la patria, de fiestas en las cuales los pueblos reclaman el derecho de seguir siendo tales en el porvenir. Si Cataluña no había tenido hasta ese momento una auténtica Fiesta Nacional, con mayúsculas, es porque se había desnacionalizado. Ahora, el establecimiento de la jornada era «una necessitat de sa vida renaxenta». Por un momento parece que puede articularse una gran coincidencia a propósito de un día en el que más que una derrota se celebraría el levantamiento de un pueblo que se tomó la justicia por su mano y de un acto de esperanza.⁴⁶

Cu-Cut!, el periódico satírico conocido por su capacidad para irritar a la joven oficialidad del ejército en Barcelona, aseguraba que la jornada traía recuerdos gloriosos y gestas memorables –cosa que siempre es más de agradecer que una derrota en toda regla–, y sostenía que «quedará enguany oficialmente consagrada com a festa patriòtica y com a llas d'unió entra las diferentes tendencias del nacionalisme militant». De hecho, a la reunión preparatoria habían sido invitadas todas las entidades, corporaciones y periódicos autonomistas, con independencia de los matices. La complejidad de los preparativos fue notable. Los rituales remitían a las grandes celebraciones nacionales; participación de niños tocados con la barretina, colocación de grandes banderas señalizando el lugar, bandas de música y grupos de danza, discursos enfebrecidos y, como en el caso del 11 de septiembre un recuerdo histórico. El de un momento en el que el pueblo se tomó la justicia por su mano y procedió a abrir la puerta a la esperanza. Dos argumentos adicionales se suman a esta propuesta. Uno climatológico, es una mejor época del año. Con días claros y frescos, con la primavera como marco. Es, por lo demás, un momento, el de mediados del siglo XVII, en el que todavía no podía hablarse de Cataluña como de un pueblo decadente.

La celebración de 1905 tuvo un acto central pero contó también con otros actos entre el 21 y el 25 de junio. Lo significativo es que los impulsores otorgaron a la jornada el rótulo de Festa Nacional Catalana, cosa que todavía no se formulaba, como mínimo con tanta mayúscula,

⁴⁶ Pere Anguera, *L'Onze de Setembre*, op. cit., pp. 89-90.

en relación al 11 de septiembre. En 1907 hubo una segunda edición de esa Festa Nacional Catalana. Aunque, como escribe Anguera, «la propuesta de conmemorar l'inici de la guerra dels Segadors, ni quallà, ni tingué clara continuïtat».⁴⁷ Quizá a ello contribuyó la dimensión clerical que, de nuevo, adquiriría el Corpus. En Vic, en la conferencia celebrada en los locales de la sociedad Catalunya Vella el año de 1905, un personaje como Salvador Millet lo dejaba claro: «el secret de la forsa dels catalans en 1640 estava en haver partit sempre en ses empreses del fervor religiós».⁴⁸ ¿Por qué esta reactivación? «L'intent de repesca i revifalla fou conjuntural i obeïa als neguits generats per la Solidaritat Catalana».⁴⁹ Ciertamente, las coyunturas de intensa politización favorecían la pluralidad de llamados a la toma del espacio pública, a la visualización de la corriente catalanista. En realidad, y como ya hemos indicado, ese mismo año de 1905 el 11 de Setembre ya daba un salto cualitativo.

El 11 de septiembre es un día de uso y abuso de la historia. No obstante, nunca acaba de producirse una total unanimidad en la interpretación de los hechos que se conmemoran. La tesis desarrollada por ejemplo, por Enric Prat de la Riba vería en la Cataluña del siglo XVII un país decadente, un país, sin embargo que, ante la acometida final, la de sus más feroces antagonistas, se desentumece. No lo suficiente como para vencerlos. Habría, pues, poco que celebrar. En todo caso, los primeros pasos dados. El haberse apercebido de los efectos devastadores de la pérdida de iniciativa, del abotargamiento, de la renuncia al protagonismo grupal. El tiempo presente ya no era el de los mártires sino el de los héroes triunfadores, los genios que se imponen.⁵⁰ Gabriel Alomar, alejado de Prat, promotor a principios de siglo de un catalanismo *futurista*, sostendrá por escrito que los defensores de la Barcelona asediada eran los sostenedores de un arcaísmo localista. En absoluto algo mejor que el cesarismo a lo Luis XIV que los Borbones iban a trasplantar a suelo español. En este caso, nada habría que celebrar. Había que optar entre mirar al pasado o construir el futuro. En 1908 Alomar sistematizó lo que había venido advirtiendo en un artículo en *El Poble Català*. En él, sostenía que el 11 de septiembre, todavía menos que el insinuado por parte de patriotas de decidido perfil católico día del Corpus, no podía ser la fiesta nacional de Cataluña. De la misma manera, argüía, que el 2 de Mayo no podía serlo de España. La razón era que ambas jornadas señalaban un hito de resistencia más conservadora, o conservacionista –para ser más precisos–, que propiamente nacional. Se trataba, en ambos casos, de

⁴⁷ Pere Anguera, *L'Onze de Setembre*, op. cit., p. 92.

⁴⁸ *El Poble Català*, 1 de julio de 1905.

⁴⁹ Pere Anguera, *L'Onze de Setembre*, op. cit., p. 93.

⁵⁰ *La Veu de Catalunya*, 10 de septiembre de 1899. A. Balcells, *Llocs de memòria*, op. cit., p. 111.

episodios de resistencia al espíritu francés, regalista o revolucionario; para el caso, daba igual. Pues de lo que se trataba era de resistirse a las corrientes universalistas y modernizadoras. Sabía, a esas alturas, que iba a contracorriente, dado que la jornada cada vez se celebraba de manera más masiva. Pero no podía dejar de decirlo.⁵¹

Esas reticencias acabaron doblegándose a la fuerza de los hechos. También porque no es menos cierto que entre la izquierda y los elementos más avanzados del catalanismo, de Martí i Julià al socialdemócrata Manuel Serra i Moret, pasando por Antoni Rovira i Virgili, codificador primordial de la mirada histórica triunfante en el catalanismo, tendrá mucho éxito la percepción de que 1714, y la Nueva Planta, comportaban la liquidación de una tradición de libertad, tanto como la clausura de una mirada compleja, y completa (por no solamente castellana), de la nación española. En 1714 se habría puesto fin a un espíritu inequívocamente «democrático». El anacronismo, otra vez.⁵²

El territorio de la celebración

Los sentimientos de patria emasculada en 1714, en la medida que han dejado los interiores de los corazones y de los hogares catalanes para salir a la calle y a la plaza, precisan de una cierta ordenación territorial. El 11 de septiembre tiene, en Barcelona, su geografía primera. En la capital cuajan las primeras ediciones de la celebración. Allí convergen los jóvenes de los centros de barrio junto a los catalanistas de comarcas. Son unos años, por lo demás, en los que la ciudad está adquiriendo condiciones metropolitanas, se transforma –entre otras razones por las agregaciones de los municipios vecinos–, aumenta su peso demográfico, pasa a ser una capital creíble no ya sólo en términos económicos sino también culturales y políticos, constituye, con su pretendido individualismo emprendedor, la antítesis del Madrid de la época.⁵³

El año 1913 la cartografía capitalina de la jornada se amplía. Si por un lado se ritualiza la visita a la tumba de Casanova en la vecina localidad de Sant Boi de Llobregat, por el otro tienen lugar las primeras ofrendas florales en el enclave en el que reposarían los restos de los mártires, el Fossar de les Moreres. Los promotores, como en tantos otros aspectos de la *diada*, fueron los asociados de un centro concreto

⁵¹ *El Poble Català*, 11 de septiembre de 1908, «L'Onze de setembre, Fosfor».

⁵² Pere Anguera, *L'Onze de Setembre*, *op. cit.*, p. 127. Serra Moret era de los que consideraban que Alomar se equivocaba en la medida que los catalanes del siglo XVIII no fueron defensores de una aberración localista, sino los promotores de un ideal europeo contrario al cesarismo. *Renaixement*, 10 de septiembre de 1914.

⁵³ Enric Ucelay-Da Cal, *Llegar a capital: rango urbano, rivalidades interurbanas y la imaginación nacionalista en la España del siglo XX*, Barcelona, Fundació Campalans, 2002. Para el individualismo emprendedor, del mismo Ucelay-Da Cal, *El imperialismo*, *op. cit.*, pp. 366-369.

—en este caso, el Casal Nacionalista de la barriada de Sant Martí de Provençals—, aunque el éxito de la iniciativa la convertía en patrimonio del grueso del movimiento.

Como apuntábamos anteriormente, la progresiva adopción de la fecha como un momento de encuentro permite, también, el viaje, facilita la movilidad de la militancia catalanista. El día, o la víspera del día, es una buena ocasión para que entidades como la Unió Catalanista convoquen mítines y otras modalidades de encuentro colectivo que sirven de coartada para el viaje y para trabar conocimiento y amistad con otros patriotas. Podría decirse que la movilización y los desplazamientos del día son la otra cara de la gran modalidad de conocimiento finisecular del territorio: el excursionismo. En el caso de la celebración patria facilita, al mismo tiempo que el desplazamiento a comarcas de algunos propagandistas, la excusa perfecta para que los habitantes de las comarcas, los jóvenes y las familias, se desplacen a la capital. Si no fuera porque, muy pronto, y junto a los actos capitalinos, la evocación de los mártires del 11 de septiembre pasa a ser un medio de pisar el país y de hacerlo entre convencidos. La geografía viene facilitada por el carácter local de determinados héroes. La remembranza de Bac de Roda o de Moragues convierte Roda de Ter o Sant Hilari Sacalm en oratorios de toda la nación.

En cualquier caso lo que acaece en Barcelona es básico. Marca el éxito o el fracaso de la jornada. Conquistar las instituciones de la urbe resultaba, pues, fundamental para convertir la fiesta del 11 de septiembre en una *diada* nacional. El nacionalismo más combativo se lamentó durante años de una especie de separación de ámbitos que practicó el nacionalismo más morigerado. En las jornadas de 1912 y 1913 el consistorio barcelonés, con una minoría mayoritaria de radicales, rechazó hacer una ofrenda floral al monumento de Casanova. Finalmente, en 1914 la comitiva surge del Ayuntamiento. Precedida por los maceros y la guardia urbana a caballo. Marcha hasta el monumento, allí el público entona *Els Segadors* y la banda municipal algunas marchas. Los discursos los protagonizan Gaspar Rosés, por el ayuntamiento, Puig y Cadafalch, por la diputación y Guimerá por la comisión organizadora, haciendo referencia este último a la bandera concedida por el CADCI, la entidad que ha logrado la centralidad en esa segunda década del siglo.⁵⁴ Progresivamente las autoridades locales pasan de autorizar los actos a implicarse en ellos. En algunos municipios se colocan placas conmemorativas en calles céntricas. Mientras tanto la unanimidad se escenifica mediante la suma de entidades de todo tipo. Cuando la Mancomunidad sea un hecho, mientras el cura párroco capitaliza el sermón patriótico de la Iglesia, personajes como el director de l'Escola de Funcionaris de l'Administració —Isidre Lloret— habla ante las multitudes concentradas

⁵⁴ Pere Anguera, *L'Onze de Setembre*, op. cit., pp. 164-167.

por la Lliga en la localidad de Torelló.⁵⁵ El día, parece, ya no es un día de una facción, sino del conjunto de la patria. Los años siguientes lo desmienten en parte. Ese día, por ejemplo en 1916, se suceden los enfrentamientos en la calle. Que los catalanistas comprometan las instituciones que controlan no evita que la calle se convierta en un espacio de confrontación múltiple con otros dos actores: la policía y los radicales.

Años difíciles

En jornadas extraordinarias, el 11 de setiembre dejará de celebrarse. Significativa es la anulación de los fastos en 1909. Los episodios de julio, los de la Semana Trágica, y la represión posterior no constituían el marco idóneo para tensar las cuerdas. Es cierto que pesaba la limitación de derechos: la autoridades habían prohibido llevar las habituales coronas al monumento a Casanova. No es menos cierto que el catalanismo, como la propia sociedad catalana, vivió con extrema virulencia la fractura social interna. Las entidades catalanistas, recuerda Anguera, se limitaron a poner la bandera cuatribarrada a media asta en los balcones de sus respectivos locales, las charlas históricas se concretaron únicamente en los locales de las Escoles Sant Jordi y la Lliga Espiritual de Nuestra Señora de Montserrat. La ceremonia religiosa barcelonesa de esta última se repetiría en Montserrat.⁵⁶

Sin embargo, el lapso no podía ser nunca, ni entonces, demasiado largo. De ser así, de prolongarse el vacío durante más de un par de años, se corría el riesgo de que la ironía o la hostilidad para con el significado de la fiesta pusiesen en riesgo, en ese momento histórico, su continuidad. El propio Anguera da cuenta, en las mismas páginas, de un par de ejemplos de ambas formas de distanciamiento emocional, desde dentro del catalanismo, para con la jornada. Un año antes Gabriel Alomar se había mostrado, y no era la primera ocasión en la que el autor de *El futurisme* (1905) sostenía este punto de vista, contrario a un tipo de celebraciones nacionalistas –ya fueran el 11 de septiembre, el Corpus o, en el caso general español, del 2 de mayo– que evocaban un episodio de resistencia a la modernización y a las corrientes universalizadoras. Paz, justicia, libertad –en mayúsculas, como el propio nacionalismo– eran expectativas de futuro. El riesgo de esta suerte de celebraciones historicistas era que la patria quedase encadenada a un pasado y, específicamente, a un pasado reactivo frente a los cambios de los tiempos modernos. La filosófica advertencia de Alomar adquiriría, cuando el espíritu de la misma quedaba reflejada en la prensa satírica, matices sardónicos. En *Papitu*, publicación humorística fundada en 1908 por el dibujante Feliu Elias, Apa, representativa de un catalanismo izquierdis-

⁵⁵ *Ibidem*, p. 179.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 129.

ta desacomplejado, se hace broma con el hecho que las prohibiciones gubernamentales obliguen a las jóvenes bordadoras de dedicatorias para las coronas fúnebres a limitarse a hacer «puntos de coixí». Casanovas no habrá tenido laureles, aseguran, ni los patriotas entusiastas estofado. Los buenos compañeros de la causa no acudirán a las veladas de los pueblos de fuera para «dirlos tot allò de la patria», para acabar con las notas de *Els Segadors* tras la representación ritual del monólogo teatral de Guimerà, *Mestre Oleguer*.

Lo cierto es que, como apuntaba Anguera, este tipo de miradas muestra hasta qué punto los rituales se habían formalizado, los programas se repetían año tras año, los gestos eran idénticos. Del mismo modo que deja en evidencia el recelo con el que la izquierda del nacionalismo catalán seguía contemplando un tipo de conmemoración que, por razones obvias, les resultaba, a un mismo tiempo, extraña y propia.⁵⁷ Los problemas para la crítica se multiplican cada año que pasa. La ritualización de la jornada exige formalidad, no se pueden hacer bromas. En el Casino de los Forasteros de la localidad de Argentona, cinco años antes, en 1904, un concejal barcelonés «quefe de la més miçrada minoria» y un joven catalanista quisieron ser originales y divertir a los asistentes parodiando a algunos personajes y prototipos político. El público se lo tomó mal, al regidor se le dio de baja y el joven de la localidad fue expulsado de la sala. Como anota Anguera, por lo que concreta la noticia, no se trataba de una broma hecha con mala fe o intención ofensiva para con el catalanismo. Pero lo cierto es que a propósito del 11 de Septiembre pronto llegó un momento en el que no se admitían ningún tipo de chanzas.⁵⁸

Coda: continuidad institucional, persistencia del imaginario

Haga, el lector, un espectacular salto en el tiempo. En 1980, la primera ley aprobada por el Parlamento de Catalunya fue la que declaraba el 11 de septiembre fiesta nacional. Lo hizo en los términos siguientes: «[...] El poble català en el temps de lluita va anar assenyalant una diada, la de l'onze de setembre, com a Festa de Catalunya. Diada que, si bé significava el dolorós record de la pèrdua de les llibertats, l'onze de setembre de 1714, i una actitud de reivindicació i resistència activa enfront de l'opressió, suposava també l'esperança d'un total recobrament nacional. Ara, en reprendre Catalunya el seu camí de llibertat, els representants del Poble creuen que la Cambra Legislativa ha de sancionar allò que la Nació unànimement ja ha assumit. Per això el Poble de Catalunya estableix, per la potestat del seu Parlament, la següent Llei». La misma consistía en dos artículos, el primero declaraba la diada Festa Nacional de Catalunya, el segundo establecía que la ley entraba en vigor el mismo

⁵⁷ *Ibidem*, pp. 129-130.

⁵⁸ *Ibidem*, pp. 88.

día de su publicación en el Diari Oficial de la Generalitat. En el más reciente de los Estatutos, el de 2006, en su artículo 8.1., considera la fiesta como un símbolo nacional, junto a la bandera y el himno. El éxito ha acompañado a la empresa en el tiempo largo, y no sólo en su dimensión institucional.

En un libro reciente, escrito para reflexionar, se asegura que superándolos, los mitos y los datos de la relación entre Cataluña y España, el medievalista José Enrique Ruiz-Domènec recuerda que para los catalanes, la historia del 11 de septiembre de 1714 es el sentimiento de una herida. Forjada, dicha visión, por los historiadores y eruditos de la *Renaixença* y el modernismo, incluye la idea de «la defensa heroica de la ciudad de Barcelona, la pérdida de las instituciones de gobierno, el exilio de los partidarios del archiduque Carlos, la alianza con el nuevo rey, la sumisión de la vida a la actividad económica tras el decreto de Nueva Planta y, al cabo, el desplazamiento de la voluntad de ser al trabajo diario pero inyectándole el espíritu de una férrea resistencia». Ciertamente, asegura Ruiz-Domènec, los hechos quizá fueran otros. El relato nace con una intención precisa y, por tanto, sostiene que «la idea se gestionó con cuidado a medida que se descubrían detalles que menoscababan parte de esa lectura». La liturgia viene a reforzar el sentimiento, éste no puede ser interrogado en la medida que, como la misma liturgia adoptada para celebrarlo, está «inserta en la memoria colectiva» (sic). En rigor, el 11 de septiembre «lleva en sí mismo un elemento no percibido, pero esencial de la razón de ser de Catalunya».⁵⁹ Es el riesgo que tiene la fecha, que con gran facilidad se pasa del dato a la impresión y del análisis histórico al esoterismo.

⁵⁹ José Enrique Ruiz-Domènec, *Catalunya, España. Encuentros y desencuentros*, Barcelona, Librosdeavanguardia, 2010, pp. 47-48.